

En el parque de Neptuno Villalón

Arq. Enrique Lanza Macías
Instituto de Planificación Física

*Para Vicente Olmos, quien me
sugiriera sin proponérselo el tema.*

Éramos una pandilla de chiquillos de ocho, nueve, diez años, y aunque lo que conservo de sus rostros es una suerte de palimpsesto, todavía recuerdo los nombres de algunos: Luisito, Mickey, Javier, Henry, Jaime, Pepito –siempre había un Pepito, y seguramente un Paquito. Salíamos de casa a toda prisa, escapando de la inconveniente ducha, y nos reuníamos cada tarde en el parque Villalón después del colegio. No teníamos en común más que la edad y la energía inagotable de la infancia, pero una vez congregados no había quien nos separase. Era el nuestro uno de varios grupos que reunía el parque, y por alguna razón nunca nos mezclábamos, aunque tampoco podría decirse que nos evitáramos. Coexistíamos sin relacionarnos, como cardúmenes de peces compartiendo un pedazo de mar.

*Columnata apérgolada en forma
de semicírculo que se levanta en uno
de los lados del parque...*





Vista nocturna de la fuente en la actualidad.

A ello contribuía la conformación del Villalón, uno de esos parques de manzana que genialmente concibieron quienes trazaron El Vedado, barriada donde he vivido desde mi nacimiento y de la cual constituyo probablemente una especie en vías de extinción. Sólo he tenido dos parques, ambos en el mismo barrio: el Víctor Hugo, cuando viví por poco tiempo loma arriba (y al cual *me llevaban*, por ser muy chico, de modo que casi no cuenta), y el Villalón. Mucho más tarde descubrí el increíble Parque Central de Nueva York, pero aun teniendo en cuenta lo que los habitantes de Manhattan deben a Olmsted y a quienes a lo largo de los años han defendido tamaña mina de oro de la codicia de los especuladores, sigo pensando que *el mío* es el Parque Villalón.

Mi parque ocupaba –y sigue haciéndolo– la manzana delimitada por las calles Calzada, Quinta, C y D, y su terreno se elevaba hacia el área central, donde se ubicaban el estanque y la fuente, pero permítaseme dejar éstos para más adelante. Aquel ligero abombamiento permitía a las aguas de lluvia drenar hacia las calles a lo largo de amplios paseos, los cuales conducían en diagonal desde el centro hasta las esquinas, donde se abrían en suaves abanicos. Estas aperturas en los vértices generaban –junto a las plazas de estacionamiento dispuestas diagonalmente en las calles laterales, las cuales recuerdo generalmente vacías– áreas capaces de permitir la convivencia despreocupada de las pandillas: cada cual ocupaba con naturalidad su territorio. El estanque, por su parte, era largo, casi

tan profundo como una piscina, y estaba un poco elevado sobre el pavimento. Un bajo y macizo banco de piedra y una estrecha acera bordeaban su perímetro. Hacia un extremo, una estatua en mármol blanco representaba a Neptuno con su tridente –amenazante, aunque con cara de buena persona. El dios marino estaba instalado sobre una base tallada, de la cual en su momento brotaban esporádicamente y con poca fuerza unos breves chorros de agua. Mirando atrás me pregunto si sería ese contacto temprano el que me indujo más tarde a interesarme tanto en la mitología grecolatina, o si la proverbial mala leche poseidónica contribuyó a gestar el carácter irreflexivo y violento de Mickey, quien moriría veinte años después en Liberty City a manos de narcotraficantes rivales.

A ambos lados del estanque, dispuestos con respecto a éste de acuerdo con una simetría no totalmente regular, se levantaban una columnata apergolada y un banco continuo de espaldas casi tan alto como las columnas de enfrente, siguiendo el trazo de dos semicírculos cóncavos. En el centro de una y otro se erguían pedestales que ostentaban tarjas de bronce dedicadas a la memoria de hombres cuyo nombre ningún visitante –que yo recuerde– se detenía a averiguar. Una de las aceras laterales (la de la calle D) estaba flanqueada por una doble columnata apergolada y cubierta de enredaderas, de las cuales caían en ocasiones lagartijas y bichitos de pica-pica sobre los desprevenidos transeúntes. Era el Villalón, en fin, una pieza neoclásica –como tantas otras de El Vedado– pero sin fana-

tismo: la simetría era relativa, los elementos a uno y otro lado de los ejes no eran iguales y los árboles estaban colocados más para dar sombra que para acomodarse a un gambito Beaux Arts. Para quienes lo disfrutábamos, no era más que un parque.

Lo rodeaban edificaciones de diversa significación. Por Calzada, el teatro –hoy Amadeo Roldán, antes Auditorium, parte vital de la vida cultural habanera de entonces y de ahora–,¹ el restaurante El Carmelo (del cual me ocuparé más tarde) y la antigua casa de los Entrialgo, desde hace años sede de la UNESCO, la cual siempre me ha parecido horrible, aunque la tendencia del momento aconseje como indicado alabarla en medio de arqueológicos sofocos. También están el edificio en el cual vivo desde hace mucho, uno de los mejores ejemplos del racionalismo en Cuba, y el ahora mutilado complejo de servicios integrado por una bodega –uno de cuyos administradores, el demente Cuesta, abandonaba a cualquier cliente para estremecer al vecindario con campanazos con los que marcaba los cuartos, las medias y las horas– y La Panadería Definitiva, *Las Delicias del Carmelo*, de cuyos hornos salían panecillos de mantequilla, cebolla y ajo, flautas de pan de todo tipo y los más exquisitos pasteles de hojaldre, todo ello envuelto en un aroma que mareaba, sobre todo en las madrugadas sin brisa del verano.

Por la calle C no había gran cosa, salvo la casa de cierta pelirroja, y esto no por la casa, sino por ella. El resto era la típica arquitectura doméstica de El Vedado de principios y mediados del siglo XX (pues con el cuento y la jarana nos hemos convertido en gentes del siglo pasado). Por Quinta, la linda casa de los Menocal –muy transformada interiormente por Fichú, luego de que casi se la llevara junto a toda su familia una penetración del mar– y un chalé de esquina, en el cual vivió un hombre solitario y misántropo, quien, una noche, fuera atacado y muerto en el jardín por sus propios perros.

En el parque jugábamos a las escondidas, al *pegao*, consistente en la persecución de todos por uno hasta que éste soltaba un papazo a alguno de los perseguidos –convirtiéndole en perseguidor– y el doloroso *quemao*, en el cual el toque se hacía por medio de un pelotazo a bocajarro que ardía como mil demonios. También patinábamos (en invierno, sobre todo, de acuerdo con una incrustada y lunática costumbre), práctica que nos hizo dejar con frecuencia sobre nuestro campo de juego la piel de codos y rodillas, y corríamos y hacíamos mucha bulla, como todos los niños.

En ocasiones se nos unía una niña de cabellos rojo oscuro, ojos

muy azules y piel blanca y transparente de inglesa (*no es como las otras pelirrojas, ¡no tiene ni una peca!*, decía su madre muy oronda). La pelirroja, por estar en franca minoría, se integraba sin muchos remilgos a los juegos bruscos de los varones. Su inserción en aquella caterva de machos recortados no había sido fácil, pero ella se las ingenió para ser aceptada. No tenía muchas alternativas, pues era el nuestro entonces, por algún motivo que hasta hoy no alcanzo a comprender, un barrio con escasez crónica de niñas. No creo que tuviera muchas probabilidades de adquirir entre sus toscos vecinitos compañía para jugar a las muñecas, y lo otro hubiera sido quedarse en casa. Era además –o al menos así nos parecía– muy bonita: unos pocos años después se convertiría en objeto de deseo para muchos de los pandilleros, y en sujeto de lo mismo, por cierto, para algunos de nosotros, hasta que desapareció del vecindario.

Con el tiempo fuimos abandonando al Villalón como terreno de juego, prefiriendo sus callejeros alrededores, entre otras cosas, porque era incómodo para jugar al béisbol –amén de que, como ha señalado Christopher Alexander, ningún muchacho que se respete juega en un parque–. Pero generalmente terminábamos allí, conversando y entrándonos a mentiras hasta que nuestros progenitores, olvidando lo agradecidos que debían sentirse ante aquel recinto por liberarlos al menos un rato de nuestra presencia, aparecían por alguna de sus cuatro esquinas con cara de pocos amigos: *¿hasta qué horas te crees que vamos a esperarte para comer? Ni que vivieras en el puñetero parque...*

Paulatinamente la pandilla fue desbandándose, a medida que íbamos creciendo y pasando a la Secundaria –y después al Pre– y nuevas compañías reclamaban nuestra atención. Al principio pretendíamos ser los mismos e intentábamos man-



Una doble columnata cubierta de enredaderas flanquea la acera de la calle D...

¹ Tanto es así que con frecuencia se le conoce como *el parque del Amadeo*.

Estanque y fuente ubicados en el área central.



tenernos cohesionados, pero era inútil engañarse: íbamos llegando a la edad en la cual no bastaban unos pelotazos para tener algo en común. Sólo a algunos nos unía la competencia por los favores de la niña de los cabellos rojos, pero ésa es otra historia. Llegada mi adolescencia, la importancia del Villalón residía en la proximidad a El Carmelo, donde carenaba en compañía de mis nuevos amigos –Oscar, Gustavo, Alejandro, Nodal, Pipo (¿cómo rayos se llamaba?)– y de las muchachas –Tamara, Mary Lou, Diana, Cary– domingo tras domingo, después de las matinées del Triunfón o del Riviera. En la terraza de El Carmelo nos uníamos a una turba de jóvenes, no demasiado convenientes y semejantes a nosotros. Éramos un poco *bitonguitos*, como se decía en aquella época durante la cual, por increíble y estúpido que hoy nos parezca, la vestimenta y los gustos musicales se confundían con la filiación política. Engullíamos bocaditos de queso, batidos y copas con helados coronadas con marshmallow –jamás podré llamarlo malvavisco– y puestas durante breves instantes en una tostadora. A El Carmelo se iba a ver, a ser visto, a ubicar o preparar una fiesta, y lógicamente, a ligar, o al menos a intentarlo.

Como era físicamente –y económicamente– imposible quedarse todo el tiempo en la terraza, más tarde o más temprano había que recalar en el parque; sobre todo, cuando se estaba en grupo, en la esquina de enfrente, amontonados sobre los bancos de hierro fundido negro y listones de madera pintados al aceite, desvaidamente verde oscuros y rayados con todo tipo de inscripciones: *Joel y Fifi, Aquí estuvo Pepe, el bárbaro*. Se conversaba mucho e interminablemente, se discutía apasionadamente y a voces sobre cualquier tema, se procuraba trasladar con no mucho disimulo a alguna muchacha hacia las áreas más interiores y oscuras. El uso del parque en la noche era bien distinto al de su diurno papel como área de juegos infantiles. Distintos niveles de escauceos eróticos –prefiero no hablar de sexo, pues en la lejana época a la cual me refiero todavía las jovencitas solían guardar su virginidad con tanto afán como las de hoy se esmeran en perderla– se alcanzaban a medida en que se llegaba al semicírculo de piedra y respaldar

alto donde, según decíamos y era cierto, *puede pasar cualquier cosa*. El parque de noche era oscuro, como debía ser.

Luego vino la Universidad, y al parque lo recuerdo como medio para cortar camino cuando visitaba a Julia y José Antonio en su caserón enorme y de puntal altísimo, en cuyo patio trasero el Gallego acumulaba su producción de enormes grillos, cangrejos y bibijaguas de hierro. Más tarde la vida se me fue complicando y dejé de usar el parque, pero lo mantenía cerca, por si acaso. A fines de los setenta, un loco incendió el teatro, y durante el proceso de reconstrucción –el cual duró más que la erección del

Partenón, Palas Atenea incluida– los constructores fueron implacablemente extendiendo sus límites hasta colocar su vallado ocupando la mitad del Villalón. *Ahora sí que se jodió el parque*, comentaban preocupados los vecinos. Sin embargo, aun en medio de la obra su porción sobreviviente siguió funcionando, y la gimnasia matinal que reúne en este enclave a los abuelos desde hace más de quince años continuó impertertable y con geriátrica obstinación su actividad.

Como todo lo que comienza debe terminar, también la reconstrucción del *Amadeo* –como todos le llaman– llegaba a su fin, y una noche Isabel Rigol me llamó para pedirme información sobre *mi* parque; le habían encargado su restauración y –concienzuda como de costumbre– estaba preparando una investigación bibliográfica previa. No pude casi ayudarla, pues mi relación con el Villalón era afectiva y no profesional, del mismo modo que uno puede tener un amigo muy querido y desconocer el número de zapato que calza, o si le gustan los calamares. Desvié su pesquisa hacia Fichú, quien me parecía que era hasta parienta de aquel Villalón –a mí, que me maten si sé quién era– y me desentendí del asunto, contento ante la perspectiva de recuperar mi patrimonio. Así fue pasando el tiempo hasta que se desencadenaron nuevos acontecimientos.

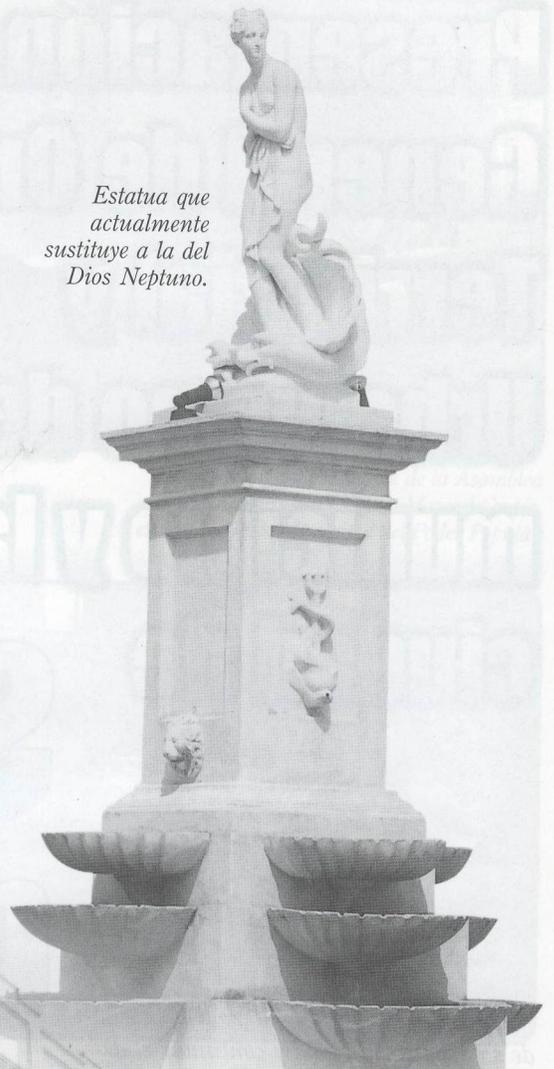
El encargado de mi edificio suele ponerme al tanto con cierta periodicidad de las novedades del barrio, narrándome con frecuencia historias variopintas –algunas bastante truculentas– acerca de vecinos a quienes generalmente no conozco ni de vista. Habitualmente lo escucho como quien oye llover, pero unos meses después de mi conversación con Isabel me lo encontré esperándome en el garaje; allí me soltó, cariacontecido y sin prólogo alguno: “Eusebio se llevó a Neptuno”. Eusebio era Leal, por supuesto –el historiador de la ciudad– y Neptuno, nuestro amigo. Sin creer lo que decía fui hasta la esquina y, en efecto, de nuestro compañero de juegos no quedaba ni el tridente. Poseidón fue a parar –o regresó, para hablar con propiedad– a la Habana Vieja, de donde parece había salido *cuando el Malecón era de palo*, como dice otra Isabel, para presidir el parque Villalón. Sorprendentemente para mí,

pues no acaba **uno nunca de conocer** a la gente, la repatriación de Neptuno **conmocionó** al barrio: hubo cartas de protesta, llamadas telefónicas e incluso el tema fue tratado, como suele decirse, *al más alto nivel*. Sin embargo, las gestiones para devolver a nuestro compinche hasta hoy no han surtido efecto.

El caso es que al pobre Neptuno lo alejaron de sus amigos vivos para regresarlo con un montón de fantasmas de gente muerta, de quienes de seguro ni se acuerda, y nuestro barbu-do amigo ha sido sustituido por otra cosa *feísima y picuísima*, según mi vecina, que ni me he animado a acercarme a ver.² Pero no me preocupa: Neptuno es desde hace mucho *Neptuno Villalón*, y más tarde o más temprano regresará con los suyos. Cómo, habrá que verlo: de algún modo será. Tal vez se produzca un milagro y al contemplarlo, la gente dirá, maravillada: “verdad que *la vida tiene una porción de cosas que yo no logro entender*”, como el cimarrón de Miguel Barnet. Entre tanto, paciencia, que el parque sigue ahí, soportando nuevas pandillas de chiquillos de ocho, nueve, diez años, y esperando por su compadre.

² Para añadir afrenta a la injuria, como suelen decir los angloparlantes, a nuestro dios, quien presidía el mar que era su estanque, lo han instalado en una especie de bañadera de mármol la cual –por cierto– extrajeron del Víctor Hugo, *mi otro parque*. ¿Seré yo el causante de tanta desgracia?

Estatua que actualmente sustituye a la del Dios Neptuno.



Teatro Amadeo Roldán